

RITUAL DE LA SAGRADA COMUNIÓN Y DEL CULTO A LA EUCARISTÍA FUERA DE LA MISA

OBSERVACIONES GENERALES PREVIAS

I. RELACIONES ENTRE EL CULTO EUCARÍSTICO FUERA DE LA MISA Y LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

1. La celebración de la Eucaristía es el centro de toda la vida cristiana, tanto para la Iglesia universal como para las asambleas locales de la misma Iglesia. Pues, «los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiásticos y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y pan vivo que, por su carne, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da la vida a los hombres. Así, los hombres son invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas junto con Cristo»[1].

2. Pero además «la celebración de la Eucaristía en el sacrificio de la Misa es realmente el origen y el fin del culto que se le tributa fuera de la Misa»[2] [2]. Porque Cristo, el Señor, que «se inmola en el mismo sacrificio de la Misa cuando comienza a estar sacramentalmente presente como alimento espiritual de los fieles bajo las especies de pan y vino», también «una vez ofrecido el sacrificio, mientras la Eucaristía se conserva en las iglesias y oratorios es verdaderamente el Emmanuel, es decir, "Dios-con-nosotros". Pues día y noche está en medio de nosotros, habita entre nosotros lleno de gracia y de verdad»[3].

3. Nadie debe dudar (que todos los cristianos tributan a este santísimo Sacramento, al venerarlo, el culto de latría, que se debe al Dios verdadero, según la costumbre siempre aceptada en la Iglesia católica. Porque no debe dejar de ser adorado por el hecho de haber sido instituido por Cristo, el Señor, para ser comido[4].

4. Para ordenar y promover rectamente la piedad hacia el santísimo Sacramento de la Eucaristía hay que considerar el misterio eucarístico en toda su amplitud, tanto

---

[1] Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, n. 5.
[2] Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 3, e: AAS 59 (1967), p. 542.
[3] Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 3, b: AAS 59 (1967), p. 541; PABLO VI, Encíclica *Mysterium fidei*, prope finem: AAS 57 (1965), p. 771.
[4] Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción Eucharisticum mysterium, n. 3, f: AAS 59 (1967), p. 543.

en la celebración de la Misa como en el culto de las sagradas especies, que se conservan después de la Misa para prolongar la gracia del sacrificio[5].

II. FINALIDAD DE LA RESERVA DE LA EUCARISTÍA

5. El fin primero y primordial de la reserva de la Eucaristía fuera de la Misa es la administración del Viático; los fines secundarios son la distribución de la comunión y la adoración de nuestro Señor Jesucristo presente en el Sacramento. Pues la reserva de las especies sagradas para los enfermos ha introducido la laudable costumbre de adorar este manjar del cielo conservado en las iglesias. Este culto de adoración se basa en una razón muy sólida y firme; sobre todo porque a la fe en la presencia real del Señor le es connatural su manifestación externa y pública[6].

6. En la celebración de la Misa se iluminan gradualmente los modos principales según los cuales Cristo está presente en su Iglesia: en primer lugar está presente en la asamblea de los fieles congregados en su nombre; está presente también en su palabra, cuando se lee y explica en la iglesia la sagrada Escritura; presente también en la persona del ministro; finalmente, sobre todo, está presente bajo las especies eucarísticas. En este Sacramento, en efecto, de modo enteramente singular, Cristo entero e íntegro, Dios y hombre, se halla presente sustancial y permanentemente. Esta presencia de Cristo bajo las especies «se dice real, no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por excelencia» [7].

Así que, por razón del signo, es más propio de la naturaleza de la celebración sagrada que, en el altar donde se celebra la Misa, la presencia eucarística de Cristo, fruto de la consagración, y que como tal debe aparecer en cuanto sea posible, no se tenga ya desde el principio de la Misa por la reserva de las especies sagradas en el sagrario[8].

---

[5] Cf. ibid., n. 3, g: l.c., p.543.
[6] Cf. ibid., n. 49: l.c., pp. 566-567.
[7] Pablo VI, Encíclica *Mysterium fidei*: *AAS* 57 (1965), p. 764; cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 9: *AAS* 59 (1967), p. 547.
[8] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 55: *AAS* 59 (1967), pp. 568-569.

7. Renuévense frecuentemente y consérvense en un copón o vaso sagrado las hostias consagradas en la cantidad suficiente para la comunión de los enfermos y de otros fieles fuera de la Misa[9].

8. Cuiden los pastores de que, a no ser que obste una razón grave, las iglesias en que, según las normas del derecho, se guarda la santísima Eucaristía estén abiertas diariamente, por lo menos algunas horas en el tiempo más oportuno del día, para que los fieles puedan fácilmente orar ante el santísimo Sacramento[10].

III. EL LUGAR DE LA RESERVA DE LA EUCARISTÍA

9. El lugar en que se guarda la sagrada Eucaristía ha de ser verdaderamente destacado. Conviene en gran manera que sea igualmente apto para la adoración y oración privada, de modo que los fieles no dejen de venerar al Señor presente en el Sacramento, aun con culto privado, y lo hagan con facilidad y provecho.

Esto se conseguirá más fácilmente si se prepara una capilla separada de la nave central, sobre todo en las iglesias en que se celebran con frecuencia matrimonios y funerales y en las que son muy visitadas, ya por peregrinaciones, ya por razón de los tesoros de arte y de historia.

10. La sagrada Eucaristía se reservará en un sagrario inamovible y sólido, no transparente, y cerrado de tal manera que se evite al máximo el peligro de profanación. De ordinario en cada iglesia u oratorio habrá un solo sagrario, situado en la parte de la iglesia u oratorio que sea distinguida, destacada, convenientemente adornada y apropiada para la oración.

Quien cuida de la iglesia u oratorio ha de proveer a que se guarde con la máxima diligencia la llave del sagrario en que se reserva la sagrada Eucaristía[11].

11. La presencia de la sagrada Eucaristía en el sagrario se indicará con el conopeo o con otro medio determinado por la autoridad competente.

---

[9] Cf. *Ordenación general del Misal Romano*, nn. 285 y 292.

[10] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 51: *AAS* 59 (1967); Código de Derecho Canónico, can. 937.

[11] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, nn. 52-53: *AAS* 59 (1967), pp. 567-568; *Código de Derecho Canónico*, can. 938.

Ante el sagrario en que está reservada la sagrada Eucaristía brillará constantemente una lámpara especial, con la que se indique y honre la presencia de Cristo.

Según la costumbre tradicional, y en la medida de lo posible, la lámpara ha de ser de aceite o de cera[12].

IV. LO QUE CORRESPONDE A LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES

12. Corresponde a las Conferencias Episcopales, al preparar los Rituales particulares según la norma de la Constitución sobre la sagrada Liturgia[13], acomodar este título del Ritual Romano a las necesidades de cada región, y una vez aceptado por la Sede Apostólica, empléese en las correspondientes regiones.

Por tanto, será propio de las Conferencias Episcopales:

a) Considerar con detenimiento y prudencia qué elementos procedentes de las tradiciones de los pueblos (si los hubiere) se pueden retener o admitir, con tal que se acomoden al espíritu de la sagrada Liturgia; por tanto, es propio de las Conferencias Episcopales proponer a la Sede Apostólica, y de acuerdo con ella, introducir las acomodaciones que se estimen útiles o necesarias.

b) Preparar las versiones de los textos, de modo que se acomoden verdaderamente al genio de cada idioma y a la índole de cada cultura, añadiendo quizá otros textos, especialmente para el canto, con las oportunas melodías.

---

[12] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 57: *AAS* 59 (1967), p. 569; *Código de Derecho Canónico*, can, 940.

[13] N. 63, b.

CAPÍTULO I.
LA SAGRADA COMUNIÓN FUERA DE LA MISA

OBSERVACIONES PREVIAS

I. RELACIONES ENTRE LA COMUNIÓN FUERA DE LA MISA Y EL SACRIFICIO

13. La más perfecta participación de la celebración eucarística es la comunión sacramental recibida dentro de la Misa. Esto resplandece con mayor claridad, por razón del signo, cuando los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciben del mismo sacrificio el Cuerpo del Señor[14].

Por tanto, de ordinario, en cualquier celebración eucarística conságrese para la comunión de los fieles pan recientemente elaborado.

14. Hay que inducir a los fieles a que comulguen en la misma celebración eucarística.

Pero los sacerdotes no rehúsen administrar, incluso fuera de la Misa, la sagrada comunión a los fieles, cuando lo piden con causa justa[15]. Incluso conviene que quienes estén impedidos de asistir a la celebración eucarística de la comunidad se alimenten asiduamente con la Eucaristía, para que así se sientan unidos no solamente al sacrificio del Señor, sino también unidos a la comunidad y sostenidos por el amor de los hermanos.

Los pastores de almas cuiden de que los enfermos y ancianos tengan facilidades para recibir la Eucaristía frecuentemente e incluso, a ser posible, todos los días, sobre todo en el tiempo pascual, aunque no padezcan una enfermedad grave ni estén amenazados por el peligro de muerte inminente. A los que no puedan recibir la Eucaristía bajo la especie de pan, es lícito administrársela bajo la especie de vino solo[16].

---

[14] Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, n. 55.

[15] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n.33, a: *AAS* 59 (1967), pp. 559-560.

[16] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, nn. 40-41: *AAS* 59 (1967), pp. 562-563.

15. Enséñese con diligencia a los fieles que también cuando reciben la comunión fuera de la celebración de la Misa se unen íntimamente al sacrificio con el que se perpetúa el sacrificio de la cruz y participan de aquel sagrado convite en el que, «por la comunión del Cuerpo y la Sangre del Señor, el pueblo de Dios participa en los bienes del sacrificio pascual, renueva la nueva Alianza entre Dios y los hombres, hecha de una vez para siempre con la Sangre de Cristo, y prefigura y anticipa en la fe y la esperanza el banquete escatológico en el reino del Padre, anunciando la muerte del Señor hasta que venga»[17].

II. EN QUÉ TIEMPO SE HA DE ADMINISTRAR LA COMUNIÓN FUERA DE LA MISA

16. La sagrada comunión fuera de la Misa se puede dar en cualquier día y a cualquier hora. Conviene, sin embargo, determinar, atendiendo a la utilidad de los fieles, las horas para distribuir la sagrada comunión, para que se realice una sagrada celebración más plena con mayor fruto espiritual de los fieles.

Sin embargo:

a) El Jueves Santo sólo puede distribuirse la sagrada comunión dentro de la Misa; pero a los enfermos se les puede llevar la comunión a cualquier hora del día.

b) El Viernes Santo únicamente se distribuye la sagrada comunión dentro de la celebración de la Pasión del Señor; a los enfermos que no pueden participar en esta celebración, se les puede llevar la sagrada comunión a cualquier hora del día.

c) El Sábado Santo la sagrada comunión sólo puede darse como viático[18].

---

[17] Ibid., n. 3, a: l.c., pp. 541-542.
[18] Cf. *Missale Romanum*, edic. típica 1979: Misa vespertina de la Cena del Señor, p. 243; Celebración de la Pasión del Señor, p. 250, n. 3; Sábado Santo, p. 265.

III. EL MINISTRO DE LA SAGRADA COMUNIÓN

17. Pertenece ante todo al sacerdote y al diácono administrar la sagrada comunión a los fieles que la pidan[19]. Es absolutamente conveniente, pues, que a este ministerio de su orden dediquen todo el tiempo preciso según la necesidad de los fieles.

También pertenece al acólito ritualmente instituido, en cuanto ministro extraordinario, distribuir la sagrada comunión cuando faltan un presbítero o diácono, o estén impedidos, sea por enfermedad, edad avanzada, o por algún ministerio pastoral, o cuando el número de los fieles que se acercan a la sagrada mesa es tan numeroso que se alargaría excesivamente la Misa u otra celebración[20].

El Ordinario del lugar puede conceder la facultad de distribuir la sagrada comunión a otros ministros extraordinarios cuando vea que es necesario para la utilidad pastoral de los fieles y no se disponga ni de sacerdote ni de diácono o acólito[21].

IV. El LUGAR PARA DISTRIBUIR LA COMUNIÓN FUERA DE LA MISA

18. El lugar en que de ordinario se distribuye la sagrada comunión fuera de la Misa es la iglesia u oratorio en que habitualmente se celebra o reserva la Eucaristía, o la iglesia, oratorio u otro lugar en que la comunidad local se reúne habitualmente para celebrar la asamblea litúrgica los domingos u otros días. Sin embargo, en otros lugares, sin excluir las casas particulares, se puede dar la comunión, cuando se trata de enfermos, presos y otros que sin peligro o grave dificultad no puedan salir.

---

[19] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instruccíón *Eucharisticum mysterium*, n.31: *AAS* 59 (1967), pp. 557-558.

[20] Cf. PABLO VI, Carta apostólica *Ministeria quaedam*, de 15 de agosto de 1972, n. VI: *AAS* 64 (1972), p. 532.

[21] Cf. Sagrada Congregación de la Disciplina de los Sacramentos, Instrucción *Immensae caritatis*, de 29 de enero de 1973, 1, I y II: *AAS* 65 (1973), pp. 265-266.

V. ALGUNAS COSAS QUE SE HAN DE OBSERVAR AL DISTRIBUIR LA SAGRADA COMUNIÓN

19. Cuando se administra la sagrada comunión es una iglesia u oratorio, póngase el corporal sobre el altar cubierto con un mantel; enciéndase dos cirios como señal de veneración y de banquete festivo[22]; utilícese la patena.

Pero cuando la sagrada comunión se administra en otros lugares, prepárese una mesa decente cubierta con un mantel; ténganse también preparados los cirios.

20. El ministro de la sagrada comunión, si es presbítero o diácono, vaya revestido de alba, o sobrepelliz sobre el traje talar, y lleve estola.

Los otros ministros lleven o el vestido litúrgico tradicional en la región, o un vestido que no desdiga de este ministerio y que el Ordinario apruebe.

Para administrar la comunión fuera de la iglesia, llévese la Eucaristía en una cajita u otro vaso cerrado, con la vestidura y el modo apropiado a las circunstancias de cada lugar.

21. Al distribuir la sagrada comunión consérvese la costumbre de depositar la partícula de pan consagrado en la lengua de los que reciben la comunión, ya que se basa en el modo tradicional de muchos siglos.

Sin embargo, las Conferencias Episcopales pueden decretar, con la confirmación de la Sede Apostólica, que en su jurisdicción se pueda distribuir también la sagrada comunión depositando el pan consagrado en las manos de los fieles, con tal que se evite el peligro de faltar a la reverencia o de que surjan entre los fieles ideas falsas sobre la santísima Eucaristía[23].

Por lo demás, conviene enseñar a los fieles que Jesucristo es el Señor y Salvador y que se le debe a él, presente bajo las especies sacramentales, el culto de latría o adoración propio de Dios[24].

---

[22] Cf. *Ordenación general del Misal Romano,* n. 269.

[23] Cf. Sagrada Congregación para el Culto Divino, Instrucción *Memoriale Domini*, de 29 de mayo de 1969: *AAS* 6l (1969), pp. 541-545.

[24] Cf. Sagrada Congregación de la Disciplina de los Sacramentos, Instrucción *Immense caritatis*, de 29 de enero de 1973, n. 4: *AAS* 65 (1973), p. 270.

En ambos casos, la sagrada comunión debe ser distribuida por el ministro competente, que muestre y entregue al comulgante la partícula del pan consagrado, diciendo la fórmula: El Cuerpo de Cristo, a lo que cada fiel responde: Amén.

En lo que toca a la distribución de la sagrada comunión bajo la especie de vino, síganse fielmente las normas litúrgicas[25].

22. Si quedaran algunos fragmentos después de la comunión, recójanse con reverencia y pónganse en el copón, o échense en un vasito con agua.

Igualmente, si la comunión se administra bajo la especie de vino, purifíquese con agua el cáliz o cualquier otro vaso empleado para ese menester.

El agua utilizada en estas purificaciones, o bien se sume o se derrama en algún lugar conveniente.

VI. LAS DISPOSICIONES PARA RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN

23. La Eucaristía, que continuamente hace presente entre los hombres el misterio pascual de Cristo, es la fuente de toda gracia y del perdón de los pecados. Sin embargo, los que desean recibir el Cuerpo del Señor, para que perciban los frutos del sacramento pascual, tienen que acercarse a él con la conciencia limpia y con recta disposición de espíritu.

Por eso, la Iglesia manda que nadie que esté consciente de pecado mortal, por contrito que sea, se acerque a la sagrada Eucaristía sin previa confesión sacramental[26]. No obstante, si concurre un motivo grave y no hay oportunidad de confesarse, haga primero un acto de contrición perfecta con el propósito de confesar cuanto antes uno por uno los pecados mortales que al presente no puede confesar.

---

[25] Cf. Ordenación general del Misal Romono, n. 242; Sagrada Congregación para el Culto Divino, Instrucción *Sacramentali Communione*, n. 6, de 29 de junio de 1970: *AAS* 62 (1970), pp. 665-666.

[26] Cf. Concilio Tridentino, Sesión XIII, *Decretum de Eucharistia*, 7: DS 1646-1647; ibid., Sesión XIV, *Canones de sacramento Penitentie*, 9: DS 1709; Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, *Normae pastorales circa absolutionem sacramentalem generali modo impertiendam*, de 16 de junio de 1972, proemio y n. VI: *AAS* 64 (1972), pp. 510 y 512.

Los que diariamente o con frecuencia suelen comulgar conviene que con la oportuna periodicidad, según la condición de cada cual, se acerquen al sacramento de la Penitencia.

Por lo demás, los fieles miren también a la Eucaristía como remedio que nos libra de las culpas de cada día y nos preserva de los pecados mortales; sepan también el modo conveniente de aprovecharse de los ritos penitenciales de la liturgia, en especial de la Misa[27].

24. Los que van a recibir el sacramento no lo harán sin estar al menos desde una hora antes en ayunas de alimentos y bebidas, con la sola excepción del agua y de las medicinas.

Las personas de edad avanzada o que sufren una enfermedad cualquiera, como también quienes las cuidan, pueden recibir la sagrada Eucaristía aunque hayan tomado algo dentro de la hora precedente[28].

25. La unión con Cristo, a la que se ordena el mismo sacramento, ha de extenderse a toda la vida cristiana, de modo que los fieles de Cristo, contemplando asiduamente en la fe el don recibido, y guiados por el Espíritu Santo, vivan su vida diaria en acción de gracias y produzcan frutos más abundantes de caridad.

Para que puedan continuar más fácilmente en esta acción de gracias, que de un modo eminente se ofrece a Dios en la Misa, se recomienda a los que han sido alimentados con la sagrada comunión que permanezcan algún tiempo en oración[29].

---

[27] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 35: *AAS* 59 (1967), p. 561.
[28] Cf, *Código de Derecho Canónico*, can. 9l9, 1 y 3.
[29] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, 38: *AAS* 59 (1967), p. 562.

RITO PARA DISTRIBUIR LA SAGRADA COMUNIÓN FUERA DE LA MISA

1. RITO CON UNA CELEBRACIÓN EXTENSA DE LA PALABRA DE DIOS

26. Esta forma se ha de emplear principalmente cuando no se celebra la Misa o cuando la sagrada comunión se distribuye a horas fijas, de modo que los fieles también se alimenten en la mesa de la Palabra de Dios. Porque, oyendo la Palabra de Dios, conocen que las maravillas divinas que se proclaman culminan en el misterio pascual, cuyo memorial se celebra sacramentalmente en la Misa, y en el cual participan por la comunión. Además, recibiendo la palabra de Dios y alimentados con ella, son llevados a la participación fructuosa de los misterios de la salvación en la acción de gracias.

Ritos iniciales

27. Una vez preparado todo (según los nn. 19-20), y congregados los fieles, el ministro saluda a los presentes.

Si es sacerdote o diácono, dice:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo,
el amor del Padre
y la comunión del Espíritu Santo
estén con todos vosotros.

O bien:

La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre,
y de Jesucristo, el Señor,
estén con todos vosotros.

O bien:

El Señor esté con vosotros.

Todos responden:

Y con tu espíritu.

Si el ministro no es sacerdote o diácono, saluda a los presentes con estas o parecidas palabras:

Hermanos, bendecid al Señor,
que nos (o bien: os) invita benignamente
a la mesa del Cuerpo de Cristo.

Todos responden:

Bendito seas por siempre, Señor.

También pueden emplearse otras palabras de la Sagrada Escritura, con las que se acostumbra a saludar a los fieles.

28. Se hace después el acto penitencial.

Primera fórmula

El ministro invita a los comulgantes al arrepentimiento, diciendo:

Hermanos: Para participar con fruto en esta celebración,
comencemos por reconocer nuestros pecados.

Se hace una breve pausa en silencio. Después, todos juntos, hacen la confesión:

Yo confieso ante Dios todopoderoso
y ante vosotros, hermanos,
que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión.

Dándose golpes de pecho añaden:
Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Y a continuación:

Por eso ruego a santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

El ministro concluye:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Segunda fórmula

El ministro invita a los fieles al arrepentimiento:

Hermanos: Para participar con fruto en esta celebración,
comencemos por reconocer nuestros pecados.

Se hace una breve pausa en silencio.

Después el ministro dice:

V/. Señor ten misericordia de nosotros.

R/. Porque hemos pecado contra ti.

V/. Muéstranos, Señor tu misericordia.

R/. Y danos tu salvación.

El mismo concluye:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Tercera fórmula

El ministro invita a los fieles al arrepentimiento:

Hermanos: Para participar con fruto en esta celebración,
comencemos por reconocer nuestros pecados.

Se hace una breve pausa en silencio.

Después el ministro, o uno de los asistentes, hace las siguientes u otras invocaciones con el Señor, ten piedad:

V/. Tú que por el misterio pascual
nos has obtenido la salvación:
Señor ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

V/. Tú que no cesas de actualizar entre nosotros
las maravillas de tu pasión:
Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

V/. Tú que por la comunión de tu Cuerpo
nos haces participar del sacrificio pascual:
Señor ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

El ministro concluye:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Celebración de la Palabra de Dios

29. Después se tiene la celebración de la Palabra, del mismo modo que en la Misa. Los textos se toman, según convenga, de la liturgia del día, o de las lecturas de las Misas votivas de la santísima Eucaristía (Leccionario VI, pp. 359-384), o de la Preciosísima Sangre de Jesús (ibid., pp. 394-403), o las que se proponen en los nn. 113-151 de este Ritual.

También pueden elegirse otros textos de los leccionarios, si se juzga oportuno, más adaptados a las peculiares circunstancias, principalmente las lecturas de la Misa votiva del Sagrado Corazón de Jesús (Leccionario VI, pp. 404-425).

Se pueden emplear una o varias lecturas, según parezca oportuno. Después de la primera lectura póngase un salmo u otro canto, o también puede observarse en su lugar una pausa de sagrado silencio. La celebración de la Palabra se concluye con la oración universal o de los fieles.

Sagrada comunión

30. Acabada la oración de los fieles, el ministro se acerca al lugar en que se guarda la Eucaristía, toma el vaso o copón con el Cuerpo del Señor, lo pone sobre el altar y hace genuflexión. Después introduce la oración dominical con estas o parecidas palabras:

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir:

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

31. Después, si lo juzga oportuno, invita a los fieles con estas o parecidas palabras:

Daos fraternalmente la paz.

Y todos, según la costumbre del lugar, se dan la paz, manifestando la caridad común.

32. A continuación, el ministro hace genuflexión, toma la hostia y, elevándola un poco sobre el vaso o copón, vuelto hacia los comulgantes, dice:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y los que van a comulgar añaden una sola vez:

Señor no soy digno de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya bastará para sanarme.

33. Si también el ministro comulga, dice en secreto:

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.

Y con reverencia sume el Cuerpo de Cristo.

34. Después toma el vaso o copón, se acerca a los comulgantes y, elevando un poco la hostia, la muestra a cada uno y dice:

El Cuerpo de Cristo.

Y el que va a comulgar responde:

Amén.

Y comulga.

35. Mientras se distribuye la comunión, puede cantarse algún canto oportuno.

36. Acabada la distribución de la comunión, si queda algún fragmento sobre la patena, el ministro lo echa en el copón y se purifica las manos, si lo juzga necesario. Si quedan algunas formas, guarda el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión.

37. Entonces, si se juzga conveniente, se puede observar algún momento de sagrado silencio, o se puede entonar algún salmo o cántico de alabanza.

38. A continuación, el ministro concluye con esta oración:

Oremos.
Oh Dios, que en este sacramento admirable
nos dejaste el memorial de tu pasión,
te pedimos nos concedas venerar de tal modo
los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre,
que experimentemos constantemente en nosotros
el fruto de tu redención.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Todos responden:

Amén.

Otras oraciones "ad libitum", nn. 179-188.

Durante el tiempo pascual son preferibles las oraciones indicadas en los nn. 189-191.

Rito de conclusión

39. Después el ministro, si es sacerdote o diácono, vuelto al pueblo, extiende las manos y dice:

El Señor esté con vosotros.

Todos:

Y con tu espíritu.

Y bendice al pueblo, diciendo:

La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

Todos responden:

Amén.

En lugar de esta fórmula se puede emplear también la bendición solemne o la oración sobre el pueblo, según vienen en el Misal romano para la bendición al fin de la Misa.

---

40. Si el ministro no es sacerdote ni diácono, invocando la bendición de Dios y santiguándose, dice:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

O bien:

El Señor omnipotente y misericordioso,
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
nos bendiga y nos guarde.

Todos responden:

Amén.

---

41. Finalmente el ministro dice:

Podéis ir en paz.

Todos responden:

Demos gracias a Dios.

Entonces, hecha la debida reverencia, el ministro se retira.

2. RITO CON UNA BREVE CELEBRACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

42. Esta forma se emplea cuando las circunstancias no aconsejan la celebración extensa de la Palabra de Dios, especialmente cuando sólo van a comulgar uno o dos, y por tanto no se puede organizar una verdadera celebración comunitaria.

Ritos iniciales

43. Una vez preparado todo (según los nn. 19-20, el ministro saluda a los que van a comulgar (n. 27) y los invita a hacer el acto penitencial (n. 28).

Lectura breve de la Palabra de Dios

44. Luego, omitida la celebración de la Palabra de Dios, uno de los presentes, o el mismo ministro, según la oportunidad, lee un breve texto de la Sagrada Escritura, que trate del pan de vida.

Jn 6, 54-55:

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

Jn 6, 54-58:

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.
Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.
El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.
El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí.
Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.

Jn 14, 6:

Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí.

Jn 14, 23:

El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él.

Jn 15, 4:

Permaneced en mí, y yo en vosotros.
Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

1 Co 11, 26:

Cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva.

Puede elegirse también otro texto adecuado entre los que se proponen en los nn. 113 y siguientes.

Sagrada comunión

45. El ministro toma el vaso o copón con el Cuerpo del Señor, lo pone sobre el altar y hace genuflexión. Después introduce la oración dominical con estas o parecidas palabras:

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir:

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

46. A continuación, el ministro hace genuflexión, toma la hostia y, elevándola un poco sobre el vaso o copón, vuelto hacia los comulgantes, dice:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y los que van a comulgar añaden una sola vez:

Señor no soy digno de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya bastará para sanarme.

47. Si también el ministro comulga, dice en secreto:

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.

Y con reverencia sume el Cuerpo de Cristo.

48. Después toma el vaso o copón, se acerca a los comulgantes y, elevando un poco la hostia, la muestra a cada uno y dice:

El Cuerpo de Cristo.

Y el que va a comulgar responde:

Amén.

Y comulga.

49. Acabada la distribución de la comunión, si queda algún fragmento sobre la patena, el ministro lo echa en el copón y se purifica las manos, si lo juzga necesario. Si quedan algunas formas, guarda el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión.

Entonces, si se juzga conveniente, se puede observar algún momento de sagrado silencio, o se puede entonar algún salmo o cántico de alabanza.

50. A continuación, el ministro concluye con esta oración:

Oremos.
Oh Dios, que en este sacramento admirable
nos dejaste el memorial de tu pasión,
te pedimos nos concedas nos concedas venerar de tal modo
los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre,
que experimentemos constantemente en nosotros
el fruto de tu redención.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Todos responden:

Amén.

Otras oraciones "ad libitum", nn. 179-188.

Durante el tiempo pascual son preferibles las oraciones indicadas en los nn. 189-191.

Rito de conclusión

51. Después el ministro, si es sacerdote o diácono, vuelto al pueblo, extiende las manos y dice:

El Señor esté con vosotros.

Todos:

Y con tu espíritu.

Y bendice al pueblo, diciendo:

La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

Todos responden:

Amén.

---

52. Si el ministro no es sacerdote ni diácono, invocando la bendición de Dios y santiguándose, dice:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

O bien:

El Señor omnipotente y misericordioso,
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
nos bendiga y nos guarde.

Todos responden:

Amén.

---

53. Finalmente el ministro dice:

Podéis ir en paz.

Todos responden:

Demos gracias a Dios.

Entonces, hecha la debida reverencia, el ministro se retira.

CAPÍTULO II.
LA COMUNIÓN Y EL VIÁTICO LLEVADOS A LOS ENFERMOS POR UN MINISTRO EXTRAORDINARIO

54. La sagrada comunión y el Viático se administran a los enfermos por el sacerdote o diácono según el Ritual de la Unción y de la pastoral de enfermos. Cuando la sagrada Eucaristía se lleva a los enfermos por un acólito, o por un ministro extraordinario de la sagrada comunión designado según las normas del derecho, se observan los ritos siguientes.

55. Se puede dar la comunión bajo la sola especie de vino a quienes no la pueden recibir bajo la especie de pan.

La Sangre del Señor llévese al enfermo en un recipiente cerrado para evitar cualquier riesgo de que se derrame. Para administrar el Sacramento, elíjase en cada caso el modo más apto entre los que se proponen en el rito de la comunión bajo las dos especies. Si una vez dada la comunión, quedase algo de la preciosísima Sangre del Señor, deberá sumirla el ministro, que hará también las oportunas abluciones.

1. RITO ORDINARIO DE LA COMUNIÓN DE LOS ENFERMOS

Ritos iniciales

56. El ministro, vestido cual conviene al ministerio que va a realizar (cf. n.20), llega a la habitación, y saluda con sencillez y afecto al enfermo y a los circunstantes. Puede decir, si le parece, este saludo:

La paz del Señor a esta casa y a todos los aquí presentes.

También pueden emplearse otras palabras de la Sagrada Escritura, con las que se acostumbra a saludar a los fieles.

Una vez colocado el Sacramento sobre la mesa, lo adora junto con los presentes.

57. El ministro invita al enfermo y a los circunstantes a hacer el acto penitencial:

Primera fórmula

El ministro invita a los fieles al arrepentimiento, diciendo:

Hermanos: Para participar con fruto en esta celebración,
comencemos por reconocer nuestros pecados.

Se hace una breve pausa en silencio. Después, todos juntos, hacen la confesión:

Yo confieso ante Dios todopoderoso
y ante vosotros, hermanos,
que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión.

Dándose golpes de pecho añaden:

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Y a continuación:

Por eso ruego a santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos
y a vosotros, hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios,
nuestro Señor.

El ministro concluye:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Segunda fórmula

El ministro invita a los fieles al arrepentimiento:

Hermanos: Para participar con fruto en esta celebración,
comencemos por reconocer nuestros pecados.

Se hace una breve pausa en silencio.

Después el ministro dice:

V/. Señor, ten misericordia de nosotros.

R/. Porque hemos pecado contra ti.

V/. Muéstranos, Señor tu misericordia.

R/. Y danos tu salvación.

El ministro concluye:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Tercera fórmula

El ministro invita a los fieles al arrepentimiento:

Hermanos: Para participar con fruto en esta celebración,
comencemos por reconocer nuestros pecados.

Se hace breve pausa en silencio.

Después el ministro, o uno de los asistentes, hace las siguientes u otras invocaciones con el Señor, ten piedad:

V/. Tú que por el misterio pascual
nos has obtenido la salvación:
Señor ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

V/. Tú que no cesas de actualizar entre nosotros
las maravillas de tu pasión:
Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

V/. Tú que por la comunión de tu Cuerpo
nos haces participar del sacrificio pascual:
Señor, ten piedad.

R/. Señor ten piedad.

El ministro concluye:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Lectura breve a la Palabra de Dios

58. Entonces, si se juzga oportuno, uno de los presentes, o el mismo ministro, lee un breve texto de la sagrada Escritura, por ejemplo, uno de los que se indican en el n. 71.

Sagrada comunión

59. El ministro introduce la oración dominical con estas o parecidas palabras:

Y ahora, todos juntos, invoquemos a Dios
con la oración que el mismo Cristo nos enseñó:

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;

no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

60. Entonces el ministro muestra el Santísimo Sacramento, diciendo:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

El enfermo y los que van a comulgar dicen una sola vez:

Señor no soy digno de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya bastará para sanarme.

61. El ministro se acerca al enfermo y, mostrándole el Sacramento, dice:

El Cuerpo de Cristo (o bien: La Sangre de Cristo).

El enfermo responde:

Amén.

Y comulga.

Los otros presentes que hayan de comulgar reciben el Sacramento del modo acostumbrado.

62. Una vez distribuida la comunión, el ministro hace la purificación.

Pueden seguir unos momentos de sagrado silencio.

A continuación, el ministro concluye con esta oración:

Oremos.
Señor Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
te suplicamos con fe viva
que el Cuerpo (la Sangre) de nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que nuestro hermano (nuestra hermana) acaba de recibir,
le conceda la salud corporal y la salvación eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos responden:

Amén.

Otras oraciones "ad libitum", nn. 181-193.

Rito de conclusión

63. Después el ministro, invocando la bendición de Dios y santiguándose, dice:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

O bien:

El Señor omnipotente y misericordioso,
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
nos bendiga y nos guarde.

Todos responden:

Amén.

2. RITO MÁS BREVE DE LA COMUNIÓN DE LOS ENFERMOS

64. Este rito más breve se emplea cuando la sagrada comunión se ha de distribuir a varios enfermos repartidos en distintas habitaciones de la misma casa, por ejemplo, de la misma enfermería, hospital, añadiendo, si lo piden las circunstancias, algunos elementos tomados del rito ordinario.

65. El rito puede empezar en la iglesia, o en la capilla, o en la primera habitación, diciendo el ministro la antífona:

¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura!

Otras antífonas "ad libitum", nn. 169-172.

66. Luego el ministro, acompañado, según la oportunidad, por alguna persona que porte un cirio, se acerca a los enfermos y dice, una sola vez a todos los enfermos que están en la misma sala, o a cada uno en particular:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Cada uno de los comulgantes añade una sola vez:

Señor no soy digno de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya bastará para sanarme.

Y recibe la comunión del modo acostumbrado.

67. El rito concluye con la oración (cf. n. 62), que se puede decir en la iglesia, o en la capilla, o en la última habitación.

3. EL VIÁTICO

Ritos iniciales

68. El ministro, vestido cual conviene al ministerio que va a realizar (cf. n. 20), llega a la habitación y saluda con sencillez y afecto al enfermo y a los circunstantes. Puede decir, si le parece, este saludo:

La paz del Señor a esta casa y a todos los aquí presentes.

También pueden emplearse otras palabras de la Sagrada Escritura, con las que se acostumbra a saludar a los fieles.

Una vez colocado el Sacramento sobre la mesa, lo adora junto con los presentes.

Luego, con esta monición o con otra más adaptada a la situación del enfermo, se dirige a los presentes:

Queridos hermanos: Nuestro Señor Jesucristo, antes de pasar de este mundo al Padre, nos legó el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, para que, robustecidos con su Viático, prenda de resurrección, nos sintamos protegidos a la hora de pasar también nosotros de esta vida a Dios. Unidos por la caridad con nuestro hermano, oremos por él.

Y todos ruegan en silencio durante un momento.

70. El ministro invita al enfermo y a los circunstantes a hacer el acto penitencial:

Hermanos: Para participar con fruto en esta celebración,
comencemos por reconocer nuestros pecados.

Se hace una breve pausa en silencio.

Primera fórmula

Todos juntos hacen la confesión:

Yo confieso ante Dios todopoderoso
y ante vosotros, hermanos,
que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión.

Dándose golpes de pecho, añaden:

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Y a continuación:

Por eso ruego a santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos
y a vosotros, hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios,
nuestro Señor.

Segunda fórmula

V/. Señor, ten misericordia de nosotros.

R/. Porque hemos pecado contra ti.

V/. Muéstranos, Señor tu misericordia.

R/. Y danos tu salvación.

Tercera fórmula

El ministro, o uno de los asistentes, hace las siguientes u otras invocaciones con el Señor, ten piedad.

V/. Tú que por el misterio pascual
nos has obtenido la salvación:
Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

V/. Tú que no cesas de actualizar entre nosotros
las maravillas de tu pasión:
Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

V/. Tú que por la comunión de tu Cuerpo
nos haces participar del sacrificio pascual:
Señor ten piedad.

R/. Señor ten piedad.

El ministro concluye:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Lectura breve de la Palabra de Dios

71. Es muy conveniente que uno de los presentes, o el mismo ministro, lea un breve texto de la Sagrada Escritura, por ejemplo:

Jn 6, 54-55:

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.
Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

Jn 6, 54-58:

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.
Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.
El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.
El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí.
Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.

Jn 14, 6:

Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí.

Jn 14, 23:

El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él.

Jn 14, 27:

La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy yo como la da el mundo.
Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde.

Jn 15, 4:

Permaneced en mí, y yo en vosotros.
Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Jn 15, 5:

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en é1, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada.

1 Co 11, 26:

Cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señoq hasta que vuelva.

1 Jn 4, 16:

Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él.

Puede elegirse también algún otro texto adecuado entre los que se proponen en el Ritual de la Unción y de la pastoral de enfermos.

Profesión de fe bautismal

72. Conviene también que, antes de recibir el Viático, el enfermo renueve la profesión de fe bautismal. Para ello, el ministro, después de una breve introducción, hecha con las palabras adecuadas, preguntará al enfermo:

¿Crees en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

R/. Sí, creo.

¿Crees en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de santa María Virgen, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?

R/. Sí, creo.

¿Crees en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida eterna?

R/. Sí, creo.

Súplicas por el enfermo

73. Luego, si las condiciones del enfermo lo permiten, se hacen unas breves súplicas con este o parecido formulario, respondiendo al enfermo, si es posible, y todos los presentes:

Invoquemos, queridos hermanos, con un solo corazón a nuestro Señor Jesucristo:

— A ti, Señor, que nos amaste hasta el extremo y te entregaste a la muerte para darnos la vida, te rogamos por nuestro hermano.
R/. Escúchanos, Señor.

— A ti, Señor que dijiste: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna", te rogamos por nuestro hermano.
R/. Escúchanos, Señor.

— A ti, Señor, que nos invitas al banquete en que ya no habrá ni, ni dolor; ni llanto, ni tristeza, ni separación, te rogamos por nuestro hermano.
R/. Escúchanos, Señor.

Viático

74. El ministro introduce la oración dominical con estas o parecidas palabras:

Y ahora, todos juntos, invoquemos a Dios
con la oración que el mismo Cristo nos enseñó:

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

75. Entonces el ministro muestra el Santísimo Sacramento, diciendo:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

El enfermo, si puede, y los que van a comulgar dicen una sola vez:

Señor, no soy digno de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya bastará para sanarme.

76. El ministro se acerca el enfermo y, mostrándole el Sacramento, dice:

El Cuerpo de Cristo (o bien: La Sangre de Cristo).

El enfermo responde:

Amén.

Y ahora, o después de dar la comunión, añade el ministro:

Él mismo te guarde y te lleve a la vida eterna.

El enfermo responde:

Amén.

Los presentes que hayan de comulgar reciben el Sacramento del modo acostumbrado.

77. Una vez distribuida la comunión, el ministro hace la purificación en la forma acostumbrada.

Pueden seguir unos momentos de sagrado silencio.

Rito de conclusión

78. A continuación, el ministro concluye con esta oración:

Oremos.
Dios todopoderoso,
cuyo Hijo es para nosotros
el camino, la verdad y la vida,
mira con piedad a tu siervo N.,
y concédele que, confiando en tus promesas,
y fortalecido con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
llegue en paz a tu reino.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos responden:

Amén.

Otra oración "ad libitum", n. 192.

Finalmente, el ministro dice:

El Señor esté siempre contigo,
te proteja con su poder
y te guarde en paz.

CAPÍTULO III.

VARIAS FORMAS DE CULTO A LA SAGRADA EUCARISTÍA

79. Se recomienda con empeño la devoción privada y pública a la sagrada Eucaristía, también fuera de la Misa, de acuerdo con las normas establecidas por la autoridad competente, ya que el sacrificio eucarístico es la fuente y el punto culminante de toda la vida cristiana.

En la organización de estos piadosos y santos ejercicios, ténganse en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo[30].

80. Los fieles, cuando veneran a Cristo presente en el Sacramento, recuerden que esta presencia proviene del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual.

Así, pues, la piedad que impulsa a los fieles a adorar la santa Eucaristía los lleva a participar más plenamente en el misterio pascual y a responder con agradecimiento al don de aquel que por medio de su humanidad infunde continuamente la vida divina en los miembros de su Cuerpo. Permaneciendo junto a Cristo, el Señor, disfrutan de su trato íntimo, le abren su corazón por ellos y por todos los suyos y ruegan por la paz y la salvación del mundo. Ofreciendo con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo, sacan de este trato admirable un aumento de fe, esperanza y caridad. Así fomentan las disposiciones debidas que les permiten celebrar con la devoción conveniente el memorial del Señor y recibir frecuentemente el pan que nos ha dado el Padre.

Traten, pues, los fieles de venerar a Cristo Señor en el Sacramento de acuerdo con su propio modo de vida. Y los pastores en este punto vayan delante con su ejemplo y exhórtenlos con sus palabras[31].

81. Acuérdense además que con esta oración ante Cristo, el Señor, presente en el Sacramento, prolongan la unión con él conseguida en la comunión y renuevan el pacto que los impulsa a mantener en sus costumbres y en su vida lo que han recibido en la celebración eucarística por la fe y el sacramento. Procurarán, pues,

---

[30] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 58: AAS 59 (1967), p. 569.
[31] Cf. *ibid.*, n. 50: *l.c.*, p. 567.

que toda su vida discurra con alegría en la fortaleza de este alimento del cielo, participando en la muerte y resurrección del Señor. Así cada uno procure hacer buenas obras, agradar a Dios, trabajando por impregnar al mundo del espíritu cristiano y también proponiéndose llegar a ser testigo de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana[32].

[32] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 13: *AAS* 59 (1967), p. 549.

1. La exposición de la sagrada Eucaristía

OBSERVACIONES PREVIAS

I. RELACIONES ENTRE LA EXPOSICIÓN Y LA MISA

82. La exposición de la sagrada Eucaristía, sea en el copón, sea en la custodia, lleva a reconocer en ella la maravillosa presencia de Cristo e invita a la unión de corazón con él, unión que culmina en la comunión sacramental. Así promueve adecuadamente el debido culto en espíritu y en verdad.

Hay que procurar que en tales exposiciones el culto del santísimo Sacramento manifieste su relación con la Misa. En el ornato y en el modo de la exposición evítese cuidadosamente todo lo que en algún modo pueda oscurecer el deseo de Cristo, que instituyó la Eucaristía ante todo para que fuera nuestro alimento, nuestro consuelo y nuestro remedio[33].

83. Se prohíbe la celebración de la Misa durante el tiempo en que está expuesto el santísimo Sacramento en la misma nave de la iglesia u oratorio.

Pues, aparte de las razones propuestas en el n. 6, la celebración del misterio eucarístico incluye de una manera más perfecta aquella comunión interna ala que se pretende llevar a los fieles con la exposición.

Si la exposición del santísimo Sacramento se prolonga durante uno o varios días seguidos, debe interrumpirse durante la celebración de la Misa, a no ser que la Misa se celebre en una capilla separada de la nave de la exposición y permanezcan en adoración por lo menos algunos fieles[34].

II. ALGUNAS COSAS QUE HAY QUE OBSERVAR EN LA EXPOSICIÓN

84. Ante el santísimo Sacramento, tanto si está reservado en el sagrario, como si está expuesto para la adoración pública, sólo se hace genuflexión sencilla.

---

[33] Cf. *ibid.*, n. 60: *l.c.*, p. 570.
[34] Cf. *ibid.*, n.61: *l.c.*, pp. 570-571.

85. Para la exposición del santísimo Sacramento en la custodia se encienden cuatro o seis cirios, es decir los mismos que en la Misa, y se emplea el incienso. Para la exposición en el copón, enciéndanse por lo menos dos cirios; se puede emplear el incienso.

Exposición prolongada

86. En las iglesias y oratorios en que se reserva la Eucaristía, se recomienda cada año una exposición solemne del santísimo Sacramento, prolongada durante algún tiempo, aunque no sea estrictamente continuado, a fin de que la comunidad local pueda meditar y adorar más intensamente este misterio.

Pero esta exposición se hará solamente si se prevé una asistencia conveniente de fieles[35].

87. En caso de alguna necesidad grave y general, el Ordinario del lugar puede ordenar preces delante del santísimo Sacramento, expuesto durante algún tiempo más prolongado en aquellas iglesias que son más frecuentadas por los fieles[36].

88. Donde, por falta de un número conveniente de adoradores, no se puede tener la exposición sin interrupción, está permitido reservar el santísimo Sacramento en el sagrario, en horas previamente determinadas y dadas a conocer, pero no más de dos veces al día, por ejemplo, a mediodía y por la noche.

Esta reserva puede hacerse de modo más simple: el sacerdote o el diácono, revestido de alba (o de sobrepelliz sobre traje talar) y de estola, después de una breve adoración, hecha una oración con los fieles, devuelve el santísimo Sacramento al sagrario. Del mismo modo, a la hora señalada se hace de nuevo la exposición[37].

Exposición breve

89. Las exposiciones breves del santísimo Sacramento deben ordenarse de tal manera que, antes de la bendición con el santísimo Sacramento, se dedique un tiempo conveniente a la lectura de la palabra de Dios, a los cánticos, a las preces y a la oración en silencio prolongada durante algún tiempo.

---

[35] Cf. *ibid.*, n. 63: *l. c.*, p. 571.
[36] Cf. *ibid.*, n. 64: l. c., p. 572.
[37] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 65: *AAS* 59 (1967), p. 572.

Se prohíbe la exposición hecha únicamente para dar la bendición[38].

La adoración en las comunidades religiosas

90. A las comunidades religiosas y otras piadosas asociaciones que, según las constituciones o normas de su Instituto, tienen la adoración perpetua o prolongada por largo tiempo, se les recomienda con empeño que organicen esta piadosa costumbre según el espíritu de la sagrada Liturgia, de forma que, cuando la adoración ante Cristo, el Señor, se tenga con participación de toda la comunidad, se haga con sagradas lecturas, cánticos, sagrado silencio, para fomentar más eficazmente la vida espiritual de la comunidad. De esta manera se promueve entre los miembros de la casa religiosa el espíritu de unidad y fraternidad, de que es signo y realización la Eucaristía, y se practica el culto debido al Sacramento de forma más noble.

También se ha de conservar aquella forma de adoración, muy digna de alabanza, en que los miembros de la comunidad se van turnando de uno en uno o de dos en dos. Porque también de esta forma, según las normas del Instituto, aprobadas por la Iglesia, ellos adoran y ruegan a Cristo, el Señor, en el Sacramento, en nombre de toda la comunidad y de la Iglesia.

III. EL MINISTRO DE LA EXPOSICIÓN DE LA SAGRADA EUCARISTÍA

91. El ministro ordinario de la exposición del santísimo Sacramento es el sacerdote o el diácono que al final de la adoración, antes de reservar el Sacramento, bendice al pueblo con el mismo Sacramento.

Si no hay sacerdote ni diácono, o están legítimamente impedidos, pueden exponer públicamente a la adoración de los fieles la sagrada Eucaristía el acólito y también el ministro extraordinario de la sagrada comunión u otra persona delegada por el Ordinario del lugar.

Todos éstos pueden hacer la exposición abriendo el sagrario, o también, si se juzga oportuno, poniendo el copón sobre el altar, o poniendo la hostia en la custodia. Al final de la adoración guardan el Sacramento en el sagrario. No les es lícito, sin embargo, dar la bendición con el santísimo Sacramento.

---

[38] Cf. *ibid.*, n. 66: *AAS* 59 (1967), p. 572.

92. El ministro, si es sacerdote o diácono, revístase del alba (o la sobrepelliz sobre el traje talar) y de la estola de color blanco.

Los otros ministros lleven o la vestidura litúrgica tradicional en el país, o un vestido que no desdiga de este ministerio y que el Ordinario apruebe.

Para dar la bendición al final de la adoración, cuando la exposición se ha hecho con la custodia, el sacerdote y el diácono pónganse además la capa pluvial y el humeral de color blanco; pero si la bendición se da con el copón, basta con el humeral.

RITO DE LA EXPOSICIÓN Y BENDICIÓN EUCARÍSTICA

La exposición

93. Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto, si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no está reservado en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el humeral, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándolo algunos ayudantes o algunos fieles con cirios encendidos.

Póngase el copón o la custodia sobre la mesa del altar cubierta con un mantel. Pero si la exposición se alarga durante un tiempo prolongado, y se hace con la custodia, se puede utilizar el trono o expositorio, situado en un lugar más elevado; pero evítese que esté demasiado alto y distante[39].

Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro inciensa al Sacramento. Después de esto, si la adoración se prolonga durante un tiempo bastante largo, puede retirarse.

94. Si se trata de la exposición solemne y prolongada, conságrese en la Misa que preceda inmediatamente a la exposición la hostia, que se ha de exponer a la adoración, y póngase en la custodia sobre el altar después de la comunión. Entonces la Misa concluirá con la oración después de la comunión, omitiéndose el rito de despedida; y, antes de retirarse, el sacerdote ponga el Sacramento, si se juzga conveniente, sobre el trono o expositorio e inciénselo.

La adoración

95. Durante la exposición, las preces, cantos y lecturas deben organizarse de manera que los fieles, atentos a la oración, se dediquen a Cristo, el Señor.

Para alimentar la oración íntima, háganse lecturas de la Sagrada Escritura con homilía, o breves exhortaciones, que lleven a una mayor estima del misterio eucarístico. Conviene también que los fieles respondan con cantos a la palabra de Dios. En momentos oportunos debe guardarse un silencio sagrado.

96. Ante el santísimo Sacramento, expuesto durante un tiempo prolongado, puede celebrarse también alguna parte de la Liturgia de las Horas, especialmente las Horas principales; por su medio las alabanzas y acciones de gracias que se tributan a Dios en la celebración de la Eucaristía se amplían a las diferentes horas del día, y las súplicas de la Iglesia se dirigen a Cristo y por él al Padre en nombre de todo el mundo.

---

[39] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 62: *AAS* 59 (1967), p. 571.

La bendición

97. Hacia el final de la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión y se arrodilla, y se canta un himno u otro canto eucarístico[40]. Mientras tanto, el ministro, arrodillado, inciensa el santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

98. Luego se levanta y dice:

Oremos.

Se hace una breve pausa en silencio, y el ministro prosigue:

Oh Dios, que en este sacramento admirable
nos dejaste el memorial de tu pasión,
te pedimos nos concedas
venerar de tal modo los sagrados misterios
de tu Cuerpo y de tu Sangre,
que experimentemos constantemente en nosotros
el fruto de tu redención.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Todos responden:

Amén.

Otras oraciones "ad libitum", nn. 193-198.

99. Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el humeral, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con la una o el otro en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

La reserva

100. Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación, y finalmente el ministro se retira.

[40] Cf. *infra,* nn. 152-168.

2. Las procesiones eucarísticas

101. El pueblo cristiano da testimonio público de fe y piedad hacia el santísimo Sacramento con las procesiones en que se lleva la Eucaristía por las calles con solemnidad y con cantos.

Corresponde al Obispo diocesano juzgar sobre la oportunidad, en las circunstancias actuales, acerca del tiempo, lugar y organización de tales procesiones, para que se lleven a cabo con dignidad y sin detrimento de la reverencia debida a este santísimo Sacramento[41].

102. Entre las procesiones eucarísticas tiene especial importancia y significación en la vida pastoral de la parroquia o de la ciudad la que suele celebrarse todos los años en la solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, o en algún otro día más oportuno, cercano a esta solemnidad. Conviene, pues, donde las circunstancias actuales lo permitan y verdaderamente pueda ser signo colectivo de fe y de adoración, que se conserve esta procesión, de acuerdo con las normas del derecho.

Pero si se trata de grandes ciudades, y la necesidad pastoral así lo aconseja, se puede, a juicio del Obispo diocesano, organizar otras procesiones en las barriadas principales de la ciudad. Pero donde no se pueda celebrar la procesión en la solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, conviene que se tenga otra celebración pública para toda la ciudad o para sus barriadas principales en la iglesia catedral o en otros lugares oportunos.

103. Conviene que la procesión con el santísimo Sacramento se celebre a continuación de la Misa, en la que se consagre la hostia que se ha de llevar en la procesión. Sin embargo, nada impide que la procesión se haga después de la adoración pública y prolongada que siga a la Misa.

104. Las procesiones eucarísticas se organizarán según los usos de la región, ya en lo que respecta al ornato de plazas y calles, ya en lo que toca a la regulación de los participantes. Durante el recorrido, según lo aconseje la costumbre y el bien pastoral, pueden hacerse algunas estaciones o paradas, aun con la bendición eucarística. Los cantos y oraciones que se tengan se ordenarán a que todos manifiesten su fe en Cristo y se dediquen solamente al Señor.

---

[41] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 59: AAS 59 (1967), p. 570.

105. El sacerdote que lleva el Sacramento, si la procesión sigue inmediatemente a la Misa, puede conservar los ornamentos utilizados en la celebración de la Misa, o bien ponerse la capa pluvial de color blanco; pero si la procesión no sigue inmediatamente a la Misa, tome la capa pluvial.

106. Utilícense, según los usos de la región, cirios, incienso y palio, bajo el cual irá el sacerdote que lleva el Sacramento.

107. Conviene que la procesión vaya de una iglesia a otra; sin embargo, si las circunstancias del lugar lo aconsejan, se puede volver a la misma iglesia de la que salió.

108. Al final se da la bendición con el santísimo Sacramento en la iglesia en que acaba la procesión, o en otro lugar oportuno; y se reserva el santísimo Sacramento.

3. Los congresos eucarísticos

109. Los congresos eucarísticos, que en los tiempos modernos se han introducido en la vida de la Iglesia como peculiar manifestación del culto eucarístico, se han de mirar como una "statio", a la cual alguna comunidad invita a toda la Iglesia local, o una Iglesia local invita a otras Iglesias de la región o de la nación, o aun de todo el mundo, para profundizar juntamente el misterio de la Eucaristía bajo algún aspecto particular y venerarlo públicamente con el vínculo de la caridad y de la unidad.

Conviene que tales congresos sean verdadero signo de fe y caridad por la plena participación de la Iglesia local y por la significativa aportación de las otras Iglesias.

110. Háganse los oportunos estudios, ya en la Iglesia local, ya en las otras Iglesias, sobre el lugar, temario y el programa de actos del congreso que se va a celebrar, para que se consideren las verdaderas necesidades y se favorezca el progreso de los estudios teológicos y el bien de la Iglesia local. Para este trabajo de investigación búsquese el asesoramiento de los teólogos, escrituristas, liturgistas y pastoralistas, sin olvidar a los versados en las ciencias humanas.

111. Para preparar un congreso se ha de hacer sobre todo:

a) Una catequesis más profunda y acomodada a la cultura de los diversos grupos humanos acerca de la Eucaristía, principalmente en cuanto constituye el misterio de Cristo viviente y operante en la Iglesia.

b) Una participación más activa en la sagrada Liturgia, que fomente al mismo tiempo la escucha religiosa de la palabra de Dios y el sentido fraterno de la comunidad[42].

c) Una investigación de los recursos y la puesta en marcha de obras sociales para la promoción humana y para la debida comunicación de bienes, incluso temporales, a ejemplo de la primitiva comunidad cristiana[43], para que el fermento evangélico se difunda desde la mesa eucarística por todo el orbe como fuerza de edificación de la sociedad actual y prenda de la futura[44].

---

[42] Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, nn. 41-52; Constitución dogmática *Lumen gentium,* sobre la Iglesia, n. 26.
[43] Cf. Hch 4, 32.
[44] Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, n. 47; Decreto *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, n. 15.

112. Criterios para organizar la celebración de un congreso eucarístico[45] :

a) La celebración de la Eucaristía sea verdaderamente el centro y la culminación a la que se dirijan todos los proyectos y los diversos ejercicios de piedad.

b) Las celebraciones de la Palabra de Dios, las sesiones catequísticas y otras conferencias públicas tiendan sobre todo a que el tema propuesto se investigue con mayor profundidad, y se propongan con mayor claridad los aspectos prácticos a fin de llevarlos a efecto.

c) Concédase la oportunidad de tener oraciones comunes y la adoración prolongada ante el santísimo Sacramento expuesto, en determinadas iglesias que se juzguen más a propósito para este ejercicio de piedad.

d) En cuanto a organizar una procesión en que se traslade el santísimo Sacramento con himnos y preces públicas por las calles de la ciudad, guárdense las normas para las procesiones eucarísticas[46], mirando a las condiciones sociales y religiosas del lugar.

[45] Cf. Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 67: AAS 59 (1967), pp. 572-573.
[46] Cf. *supra*, nn. 101-108.

CAPÍTULO IV.

TEXTOS VARIOS PARA LA DISTRIBUCIÓN DE LA SAGRADA COMUNIÓN FUERA DE LA MISA Y PARA LA ADORACIÓN Y LA PROCESIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

1. LECTURAS BÍBLICAS

LECTURAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

113.

1. *Sacó pan y vino*

Lectura del libro del Génesis 14, 18-20

En aquellos días, Melquisedec, rey de Salén, sacerdote del Dios altísimo, sacó pan y vino y bendijo a Abrán, diciendo:
— «Bendito sea Abrán por el Dios altísimo, creador del cielo y tierra; bendito sea el Dios altísimo, que te ha entregado tus enemigos».
Y Abrán le dio un décimo de cada cosa.

Palabra de Dios.

114.

2. *Cuando vea la sangre, el Señor pasará de largo*

Lectura del libro del Éxodo 12, 21-27

En aquellos días, Moisés llamó a todos los ancianos de Israel y les dijo:
— «Escogeos una res por familia y degollad la víctima de Pascua.
Tomad un manojo de hisopo, mojadlo en la sangre del plato y untad de sangre el dintel y las dos jambas; y ninguno de vosotros salga por la puerta de casa hasta la mañana siguiente.
El Señor va a pasar hiriendo a Egipto, y, cuando vea la sangre en el dintel y las jambas, el Señor pasará de largo y no permitirá al exterminador entrar en vuestras casas para herir.
Cumplid la palabra del Señor: es ley perpetua para vosotros y vuestros hijos.

Y, cuando entréis en la tierra que el Señor os va a dar, según lo prometido, observaréis este rito.
Y, cuando os pregunten vuestros hijos qué significa este rito, les responderéis: "Es el sacrificio de la Pascua del Señor. Él pasó en Egipto, junto a las casas de los israelitas, hiriendo a los egipcios y protegiendo nuestras casas"».

El pueblo se inclinó y se prosternó.

Palabra de Dios.

115.

3. *Yo haré llover pan del cielo*

Lectura del libro del Éxodo 16, 2-4. 12-15

En aquellos días, la comunidad de los israelitas protestó contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo:
— «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos junto a la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta comunidad».
El Señor dijo a Moisés:
— «Yo haré llover pan del cielo: que el pueblo salga a recoger la ración de cada día; lo pondré a prueba a ver si guarda mi ley o no. He oído las murmuraciones de los israelitas.
Diles: "Hacia el crepúsculo comeréis carne, por la mañana os saciaré de pan; para que sepáis que yo soy el Señor, vuestro Dios"».
Por la tarde, una banda de codornices cubrió todo el campamento; por la mañana, había una capa de rocío alrededor del campamento. Cuando se evaporó la capa de rocío, apareció en la superficie del desierto un polvo fino, parecido a la escarcha. Al verlo, los israelitas se dijeron:
— «Qué es esto?»
Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo:
— «Es el pan que el Señor os da de comer».

Palabra de Dios.

116.

4. *Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros*

Lectura del libro del Éxodo 24, 3-8

En aquellos días, Moisés bajó y contó al pueblo todo lo que había dicho el Señor y todos sus mandatos; y el pueblo contestó a una:
— «Haremos todo lo que dice el Señor».
Moisés puso por escrito todas las palabras del Señor. Se levantó temprano y edificó un altar en la falda del monte, y doce estelas, por las doce tribus de Israel. Y mandó a algunos jóvenes israelitas ofrecer al Señor holocaustos, y vacas como sacrificio de comunión. Tomó la mitad de la sangre, y la puso en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el altar. Después, tomó el documento de la alianza y se lo leyó en alta voz al pueblo, el cual respondió:
— «Haremos todo lo que manda el Señor y lo obedeceremos».
Tomó Moisés la sangre y roció al pueblo, diciendo:
— «Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros, sobre todos estos mandatos».

Palabra de Dios.

118.

6. *Con la fuerza de aquel alimento, caminó hasta el monte de Dios*

Lectura del primer libro de los Reyes 19, 4-8

En aquellos días, Elías continuó por el desierto una jornada de camino, y, al final, se sentó bajo una retama y se deseó la muerte:
— «¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres!»
Se echó bajo la retama y se durmió. De pronto un ángel lo tocó y le dijo:
— «¡Levántate, come!»
Miró Elías y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a echar. Pero el ángel del Señor lo volvió a tocar y le dijo:
— «¡Levántate, come!, que el camino es superior a tus fuerzas».
Elías se levantó, comió y bebió, y, con la fuerza de aquel alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

Palabra de Dios.

119.

7. *Comed de mi pan y bebed el vino que he mezclado*

Lectura del libro de los Proverbios 9, 1-6

La Sabiduría se ha construido su casa
plantando siete columnas,
ha preparado el banquete,
mezclado el vino y puesto la mesa;
ha despachado a sus criados
para que lo anuncien
en los puntos que dominan la ciudad:
«Los inexpertos que vengan aquí,
quiero hablar a los faltos de juicio:
"Venid a comer de mi pan
y a beber el vino que he mezclado;
dejad la inexperiencia y viviréis,
seguid el camino de la prudencia"».

Palabra de Dios.

LECTURAS DEL NUEVO TESTAMENTO

120.

1. *Eran constantes en la vida común, en la fracción del pan*

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 42-47

Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones.
Todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que los apóstoles hacían en Jerusalén. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes, y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.
A diario acudÍan al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos, alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo, y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que iban salvando.

Palabra de Dios.

121.

2. *Hemos comido y bebido con él después de su resurrección*

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 10, 34a. 37-43

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo:
— «Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.
Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección.
Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados».

Palabra de Dios.

122.

3. *El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo*

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 10, 16-17

Hermanos:
El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo?
Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?
El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan.

Palabra de Dios.

123.

4. *Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor*

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos:
Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido:
Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo:
— «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía».
Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo:
— «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía».
Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Palabra de Dios.

124.

5. *La sangre de Cristo podrá purificar nuestra conciencia*

Lectura de la carta a los Hebreos 9, 11-15

Hermanos:
Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tabernáculo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado.
No usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna.
Si la sangre de machos cabríos y de toros y el rociar con las cenizas de una becerra tienen el poder de consagrar a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo.
Por esa razón, es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna.

Palabra de Dios.

125.

6. *Os habéis acercado a la aspersión purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel*

Lectura de la carta a los Hebreos 12, 18-19. 22-24

Hermanos:
Vosotros no os habéis acercado a un monte tangible, a un fuego encendido, a densos nubarrones, a la tormenta, al sonido de la trompeta; ni habéis oído aquella voz que el pueblo, al oírla, pidió que no les siguiera hablando.
Vosotros os habéis acercado al monte de Sión, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo, a millares de ángeles en fiesta, a la asamblea de los primogénitos inscritos en el cielo, a Dios, juez de todos, a las almas de los justos que han llegado a su destino y al Mediador de la nueva alianza, Jesús, y a la aspersión purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel.

Palabra de Dios.

126.

7. *Os rescataron a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto*

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 1, 17-21

Queridos hermanos:
Si llamáis Padre al que juzga a cada uno, según sus obras, sin parcialidad, tomad en serio vuestro proceder en esta vida.
Ya sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto ni mancha, previsto antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos por nuestro bien.
Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

Palabra de Dios.

127.

8. *Tres son los testigos: el Espíritu, el agua y la sangre*

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 5, 4-8

Queridos hermanos:
Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe.
¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Éste es el que vino con agua y con sangre: Jesucristo. No sólo con agua, sino con agua y con sangre; y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Porque tres son los testigos: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres están de acuerdo.

Palabra de Dios.

128.

9. *Aquel que nos ama, nos ha librado de nuestros pecados por su sangre*

Lectura del libro del Apocalipsis 1, 5-8

Gracia y paz a vosotros de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra.
Aquel que nos ama, nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.
Mirad: Él viene en las nubes. Todo ojo lo verá; también los que lo atravesaron. Todos los pueblos de la tierra se lamentarán por su causa.
Sí. Amén.
Dice el Señor Dios:
«Yo soy el Alfa y la Omega, el que es, el que era y el que viene, el Todopoderoso».

Palabra de Dios.

129.

10. *Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero*

Lectura del libro del Apocalipsis 7, 9-14

Yo, Juan, vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar de toda nación, raza, pueblo y lengua, de pie delante del trono y del Cordero, vertidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritaban con voz potente:
— «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!»
Y todos los ángeles que estaban alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y rindieron homenaje a Dios, diciendo:
— «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y Ia acción de gracias y el honor y el poder y Ia fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén."

Y uno de los ancianos me dijo:
— «Esos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido?"
Yo le respondí:
— «Señor mío, tú lo sabrás».
Él me respondió:
— «Éstos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

Palabra de Dios.

SALMOS RESPONSORIALES

130.

1. Sal 22, 1-3. 4. 5. 6 (R/.: 1)

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.
O bien:
Aleluya.

El Señor es mi pastor,
nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre. R/.

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. R/.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. R/.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,

y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. R/.

131.

2. Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9. 10-11 (R/.: 9a)

R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor.
O bien:
Aleluya.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloría en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. R/.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. R/.

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará,
Si el afligido invoca al Señor; él lo escucha
y lo salva de sus angustias. R/.

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R/.

Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que le temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada. R/.

132.

3. Sal 39, 2 y 4ab. 7-8a.8b-9. 10 (R/.: 8a y 9a)

R/. Aquí estoy, Señor para hacer tu voluntad.

Yo esperaba con ansia al Señor;
él se inclinó y escuchó mi grito;
me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno a nuestro Dios. R/.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R/.

Como está escrito en mi libro:
«Para hacer tu voluntad».
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas. R/.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios:
Señor, tú lo sabes. R/.

133.

4. Sal 77, 3 y 4a y 7ab. 23-24. 25 y 54 (R/.: 2 b)

R/. El Señor les dio un trigo celeste.

Lo que oímos y aprendimos,
lo que nuestros padres nos contaron,
no lo ocultaremos a sus hijos,
para que pongan en Dios su confianza
y no olviden las acciones de Dios. R/.

Dio orden a las altas nubes,
abrió las compuertas del cielo:
hizo llover sobre ellos maná,
les dio un trigo celeste. R/.

Y el hombre comió pan de ángeles,
les mandó provisiones hasta la hartura.
Los hizo entrar por las santas fronteras,
hasta el monte que su diestra había adquirido. R/.

134.

5. Sal 109, 1.2.3.4 (R/.: 4bc)

R/. Cristo, el Señor, sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec, ofreció pan y vino.
O bien:
Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.

Oráculo del Señor a mi Señor:
«Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies». R/.

Desde Sión extenderá el Señor
el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos. R/.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,
entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, como rocío,
antes de la aurora». R/.

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:
«Tú eres sacerdote eterno,
según el rito de Melquisedec». R/.

135.

6. Sal 115, 12-13. 15 y 16bc. 17-18 (R/.: cf. 1Co 10, 16)

R/. El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.
O bien:
Aleluya.

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,
invocando su nombre. R/.

Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles.

Señor, yo soy tu siervo,
hijo de tu esclava;
rompiste mis cadenas. R/.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo. R/.

136.

7. Sal 144, 10-11. 15-16. 17-18 (R/.: cf. 16)

R/. Abres tú la mano, Señor, y nos sacias.

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,
que te bendigan tus fieles;
que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas. R/.

Los ojos de todos te están aguardando,
tú les das la comida a su tiempo;
abres tú la mano,
y sacias de favores a todo viviente. R/.

El Señor es justo en todos sus caminos,
es bondadoso en todas sus acciones;
cerca está el Señor de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente. R/.

137.

8. Sal 147, 12-13. 14-15. 19-20 (R/.: Jn 6, 58c)

R/. El que come este pan vivirá para siempre.
O bien:
Aleluya.

Glorifica al Señon Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sión:
que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/.

Ha puesto paz en tus fronteras,
te sacia con flor de harina.
Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz. R/.

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

ALELUYAS Y VERSÍCULOS ANTES DEL EVANGELIO

138.

1. Jn 6, 51
Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo
-dice el Señor-;
el que coma de este pan
vivirá para siempre.

139.

2. Jn 6, 56
El que come mi carne y bebe mi sangre
habita en mí y yo en él
-dice el Señor-.

140.

3. Jn 6, 57
El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre;
del mismo modo, el que me come vivirá por mí
-dice el Señor-.

141.

4. Cf. Ap 1, 5ab
Jesucristo, tú eres el testigo fiel,
el primogénito de entre los muertos;
tú nos amaste
y nos has librado de nuestros pecados por tu sangre.

142.

5. Ap 5, 9
Eres digno, Señor, de tomar el libro y abrir sus sellos,
porque fuiste degollado
y con tu sangre nos compraste para Dios.

EVANGELIOS

143.

1. *Esto es mi cuerpo. Ésta es mi sangre*

✠ Lectura del santo evangelio según san Marcos 14, 12-16. 22-26

El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:
— «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?»
Él envió a dos discípulos, diciéndoles:
— «Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?"
Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena».
Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.
Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo:
— «Tomad, esto es mi cuerpo».
Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron.
Y les dijo:
— «Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios».
Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.

Palabra de Dios.

144.

2. *Comieron todos y se saciaron*

✠ Lectura del santo evangelio según san Lucas 9, 11b-17

En aquel tiempo, Jesús se puso a hablar al gentío del reino de Dios y curó a los que lo necesitaban.
Caía la tarde, y los Doce se le acercaron a decirle:
— «Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en descampado».
Él les contestó:
— «Dadles vosotros de comer».
Ellos replicaron:
-"No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para todo este gentío».
Porque eran unos cinco mil hombres.
Jesús dijo a sus discípulos:
— «Decidles que se echen en grupos de unos cincuenta».
Lo hicieron así, y todos se echaron.
Él, tomando los cinco panes y los dos peces, aIzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron todos y se saciaron, y cogieron las sobras: doce cestos.

Palabra del Señor.

145.

3. *Lo reconocieron al partir el pan*

✠ Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 13-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.
Él les dijo:
— «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»
Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:
— «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»
Él les preguntó:
— «¿Qué?»
Ellos le contestaron:

— «Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».
Entonces Jesús les dijo:
— «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?»
Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.
Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo:
— «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».
Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.
Ellos comentaron:
— «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»
Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:
— «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón»
Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Palabra del Señor.

O bien más breve:

✠ Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 13-16.28-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Ya cerca de la aldea donde iban, éI hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le

apremiaron, diciendo:
— «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».
Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.
Ellos comentaron:
— «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»
Y levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:
— «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón».
Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Palabra del Señor.

146.

4. *Repartió a los que estaban sentados todo lo que quisieron*

✠ Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 1-15

En aquel tiempo, Jesús se marchó ala otra parte del lago de Galilea (o de Tiberíades). Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos.
Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos.
Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe:
— «¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?»
Lo decía para tantearlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer.
Felipe le contestó:
— «Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo».
Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice:
— «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero, ¿qué es eso para tantos?»
Jesús dijo:
— «Decid a la gente que se siente en el suelo».
Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; sólo los hombres eran unos cinco mil.
Jesús tomó los panes, dijo la acción de graciás y los repartió a los que estaban

sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado.
Cuando se saciaron, dice a sus discípulos:
— «Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie».
Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido.
La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía:
— «Éste sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo».
Jesús entonces, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo.

Palabra del Señor.

147.

5. *El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed*

✠ Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 24-35

En aquel tiempo, cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron:
— «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?»
Jesús les contestó:
— «Os aseguro, me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros.
Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios».
Ellos le preguntaron:
— «Y, ¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere?»
Respondió Jesús:
— «La obra que Dios quiere es ésta: que creáis en el que él ha enviado».
Le replicaron:
— «¿Y qué signo vemos que haces tú, para que creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Les dio a comer pan del cielo"».
Jesús les replicó:
— «Os aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:
— «Señor, danos siempre de este pan».
Jesús les contestó:
— «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed».

Palabra del Señor.

148.

6. *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo*

✠ Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 41-51

En aquel tiempo, los judíos criticaban a Jesús porque había dicho: "Yo soy el pan bajado del cielo", y decían:
— «¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?»
Jesús tomó la palabra y les dijo:
— «No critiquéis. Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me ha enviado.
Y yo lo resucitaré el último día.
Está escrito en los profetas: "Serán todos discípulos de Dios".
Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende viene a mí.
No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que procede de Dios: ése ha visto al Padre.
Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna.
Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.
Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre.
Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».

Palabra del Señor.

149.

7. *Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida*

✠ Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 51-58

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:
— «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».
Disputaban los judíos entre sí:
— «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»
Entonces Jesús les dijo:
— «Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis la sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.
Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.
El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.
El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí.
Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Palabra del Señor.

150.

8. *Le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua*

✠ Lectura del santo evangelio según san Juan 19, 31-37

En aquel tiempo, los judíos, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza,le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua.
El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que atravesaron».

Palabra del Señor.

151.

9. *Jesús toma el pan y se lo da*

✠ Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 1-14

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera:
Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo,Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos.
Simón Pedro les dice:
— «Me voy a pescar».
Ellos contestan:
— «Vamos también nosotros contigo».
Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.
Jesús les dice:
— «Muchachos, ¿tenéis pescado?»
Ellos contestaron:
— «No».
Él les dice:
— «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis».
La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro:
— «Es el Señor».
Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se atóla túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces.
Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice:
— «Traed de los peces que acabáis de coger».
Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.
Jesús les dice:
— «Vamos, almorzad».
Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.
Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.
Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.

Palabra del Señor.

2. HIMNOS

PANGE, LINGUA

152. Para la bendición con que se acaba la adoración, especialmente cuando ésta es breve, se puede cantar solamente la última parte de este himno, es decir, desde las palabras: Tantum ergo.

Pange, lingua, gloriósi
córporis mystérium,
sanguinísque pretiósi,
quem in mundi prétium
fructus ventris generósi
Rex effúdit géntium.

Nobis datus, nobis natus
ex intácta Vírgine,
et in mundo conversátus,
sparso verbi sémine,
sui moras incolátus
miro clausit órdine.

In suprémre nocte cenae
recúmbens cum frátribus,
observáta lege plene
cibis in legálibus,
cibum turbre duodénae
se dat suis mánibus.

Verbum caro panem verum
verbo carnem éfficit,
fitque sanguis Christi merum,
et, si sensus déficit,
ad firmándum cor sincérum
sola fides súfficit.

Tantum ergo sacraméntum
venerémur cérnui,
et antíquum documéntum
novo cedat rítui;

prestet fides suppleméntum
sénsuum deféctui.

Genitóri Genitóque
laus et iubilátio,
salus, honor, virtus quoque
sit et benedíctio;
procedénti ab utróque
compar sit laudátio. Amen.

SACRIS SOLLEMNIIS

153. Sacris sollémniis iuncta sint gáudia,
et ex praecórdiis sonent praecónia;
recédant vétera, nova sint ómnia,
corda, voces et ópera.

Noctis recólitur cena novíssima,
qua Christus créditur agnum et ázyma
dedísse frátribus iuxta legítima
priscis indúlta pátribus.

Dedit fragílibus córporis férculum,
dedit et trístibus sánguinis póculum,
dicens: "Accípite quod trado vásculum;
omnes ex eo bíbite".

Sic sacrifícium istud instítuit,
cuius offícium commítti vóluit
solis presbfteris, quibus sic cóngruit,
ut sumant et dent céteris.

Panis angélicus fit panis hóminum;
dat panis caélicus figúris términum.
O res mirábilis: mandúcat Dóminum
servus pauper et húmilis.

Te, trina Déitas únaque, póscimus;
sic nos tu vísitas sicut te cólimus:

per tuas sémitas duc nos quo téndimus
ad lucem quam inhábitas. Amen.

VERBUM SUPERNUM

154. Verbum supérnum pródiens
nec Patris linquens déxteram,
ad opus suum éxiens
venit ad vitae vésperam.

In mortem a discípulo
suis tradéndus aémulis,
prius in vitae férculo
se trádidit discípulis.

Quibus sub bina spécie
carnem dedit et sánguinem,
ut dúplicis substántiae
totum cibáret hóminem.

Se nascens dedit sócium,
convéscens in edúlium,
se móriens in prétium,
se regnans dat in praémium.

O salutáris hóstia,
que caeli pandis óstium,
bella premunt hostília:
da robut fer auxílium.

Uni trinóque Dómino
sit sempitérna glória,
qui vitam sine término
nobis donet in pátria. Amen.

IESU, NOSTRA REDEMPTIO

155. Iesu, nostra redémptio,
amor et desidérium,
Deus creátor ómnium,
homo in fine témporum,

Que te vicit cleméntia,
ut ferres nostra crímina,
crudélem mortem pátiens,
ut nos a morte tólleres;

Inférni claustra pénetrans,
tuos captívos rédimens;
victor triúmpho nóbili
ad dextram Patris résidens!

Ipsa te cogat píetas,
ut mala nostra súperes
parcéndo, et voti cómpotes
nos tuo vultu sáties.

Tu esto nostrum gáudium,
qui es futúrus praémium;
sit nostra in te glória
per cuncta semper saécula.

AETERNE REX ALTISSIME

156. Ætérne rex altíssime,
redémptor et fidélium,
quo mors solúta déperit,
datur triúmphus grátiae,

Scandis tribúnal déxteræ
Patris tibíque caélitus
fertur potéstas ómnium,
quae non erat humánitus,

Ut trina rerum máchina
celéstium, terréstrium
et inferórum cóndita;
flectat genu iam súbdita.

Tremunt vidéntes ángeli
versam vicem mortálium:
culpat caro, purgat caro,
regnat caro Verbum Dei.

Tu, Christe, nostrum gáudium,
manens perénne praémium,
mundi regis qui fábricam,
mundána vincens gáudia.

Hinc te precántes quaésumus,
ignósce culpis ómnibus
et corda sursum súbleva
ad te supérna grátia,

Ut, cum rubénte coéperis
claróre nube iúdicis,
poenas repéllas débitas,
reddas corónas pérditas.

Iesu, tibi sit glória,
qui scandis ad caeléstia,
cum Patre et almo Spíritu,
in sempitérna saécula. Amen.

LAUDA, SION

157. Esta secuencia puede cantarse íntegramente o en forma más breve, desde las palabras: Ecce panis.

Lauda, Sion, Salvatórem,
lauda ducem et pastórem
in hymnis et cánticis.

Quantum potes, tantum aude:
quia maior omni laude,
nec laudáre súfficis.

Laudis thema speciális,
panis vivus et vitális
hódie propónitur.

Quem, in sacrae mensa cenae,
turbe fratrum duodénae
datum non ambígitur.

Sit laus plena, sit sonóra,
sit iucúnda, sit decóra
mentis iubilátio.

Dies enim sollémnis ágitur,
in qua mensae prima recólitur
huius institútio.

In hac mensa novi Regis,
novum Pascha novae legis
Phase vetus términat.

Vetustátem nóvitas,
umbram fugat véritas,
noctem lux elíminat.

Quod in cena Christus gessit,
faciéndum hoc expréssit
in sui memóriam.

Docti sacris institútis,
panem, vinum in salútis
consecrámus hóstiam.

Dogma datur christiánis,
quod in carnem transit panis,
et vinum in sánguinem.

Quod non capis, quod non vides,
animósa firmat fides,
preter rerum órdinem.

Sub divérsis speciébus,
signis tantum, et non rebus,
latent res exímiae.

Cara cibus, sanguis potus:
manet tamen Christus totus,
sub utráque spécie.

A suménte non concísus,
non confráctus, non divísus:
ínteger accípitur.

Sumit unus, sumunt mille:
quantum isti, tantum ille:
nec sumptus consúmitur.

Sumunt boni, sumunt mali:
sorte tamen inaequáli,
vitae vel intéritus.

Mors est malis, vita bonis:
vide paris sumptiónis
quam sit dispar éxitus.

Fracto demum sacraménto,
ne vacílles, sed meménto,
tantum esse sub fragménto,
quantum toto tégitur.

Nulla rei fit scissúra:
signi tantum fit fractúra:
qua nec status nec statúra
signáti minúitur.

Ecce panis angelórum,
factus cibus viatórum:

vere panis filiórum,
non mitténdus cánibus.

In figúris praesignátur
cum Isaac immolátur:
agnus pasche deputátur:
datur manna pátribus.

Bone Pastor panis vere,
Iesu, nostri miserére:
tu nos pasce, nos tuére:
tu nos bona fac vidére
in terra vivéntium.

Tu, qui cuncta scis et vales:
qui nos pascis hic mortáles:
tuos ibi commensáles,
coherédes et sodáles
fac sanctórum cívium.

ADORO TE DEVOTE

158. Adóro te devóte, latens véritas,
te qui sub his figuris vere látitas:
tibi se cor meum totum súbicit,
quia te contémplans totum déficit.

Visus, gustus, tactus, in te fállitur;
sed solus audítus tute créditur.
Credo quicquid dixit Dei Fílius:
nihil Veritátis verbo vérius.

In cruce latébat sola Déitas;
sed hic latet simul et humánitas.
Ambo tamen credens atque cónfitens
peto quod petívit latro paénitens.

Plagas, sicut Thomas, non intúeor;
meum tamen Deum te confíteor.

Fac me tibi semper magis crédere,
in te spem habére, te dilígere.

O memoriále mortis Dómini,
Panis veram vitam praestans hómini,
praesta mere menti de te vívere,
et te semper illi dulce sápere.

Pie pelicáne, Iesu Dómine,
me immúndum munda tuo sánguine,
cuius una stilla salvum f.ácere
totum mundum posset omni scélere.

Iesu, quem velátum nunc aspício,
quando fiet illud quod tam cúpio
ut, te reveláta cernens fácie,
visu sim beátus tue glóriae? Amen.

UBI CARITAS

159. Ant. Ubi cáritas est vera, Deus ibi est.
V/. Congregávit nos in unum Christi amor.
V/. Exsultémus et in ipso iucundémur.
V/. Timeámus et amémus Deum vivum.
V/. Et ex corde diligámus nos sincéro.

Ant. Ubi cáritas est vera, Deus ibi est.
V/. Simul ergo cum in unum congregámur:
V/. Ne nos mente divídámur:, caveámus.
V/. Cessent iúrgia malígna, cessent lites.
V/. Et in médio nostri sit Christus Deus.

Ant. Ubi cáritas est vera, Deus ibi est.
V/. Simul quoque cum beátis videámus
V/. Gloriánter vultum tuum, Christe Deus:
V/. Gáudium, quod est imménsum atque probum,
V/. Saécula per infiníta seculórum. Amen.

(PANGE, LINGUA)

160. Que la lengua humana
cante este misterio:
la preciosa sangre
y el precioso cuerpo.
Quien nació de Virgen
Rey del universo,
por salvar al mundo,
dio su sangre en precio.

Se entregó a nosotros,
se nos dio naciendo
de una casta Virgen;
y, acabado el tiempo,
tras haber sembrado
la palabra al pueblo,
coronó su obra
con prodigio excelso.

Fue en la última cena
-ágape fraterno-,
tras comer la Pascua
según mandamiento,
con sus propias manos
repartió su cuerpo,
lo entregó a los Doce
para su alimento.

La Palabra es carne
y hace carne y cuerpo
con palabra suya
lo que fue pan nuestro.
Hace sangre el vino,
y, aunque no entendemos,
basta fe si existe
corazón sincero.

Adorad postrados
este Sacramento.

Cesa el viejo rito;
se establece el nuevo.
Dudan los sentidos
y el entendimiento:
que la fe lo supla
con asentimiento.

Himnos de alabanza,
bendición y obsequio;
por igual la gloria
y el poder y el reino
al eterno Padre
con el Hijo eterno
y el divino Espíritu
que procede de ellos. Amén.

(SACRIS SOLLEMNIIS)

161. Sumando nuestro gozo al de esta fiesta
elevemos cordiales alabanzas,
y que todo lo viejo se renueve:
corazones, acciones y palabras.

Hoy se recuerda la postrera cena
en que Jesús, conforme al viejo rito,
se dignó repartir a sus hermanos
el cordero y los ázimos prescritos.

Una vez acabado aquel banquete
y después de comido aquel Cordero,
creemos que fue el mismo Jesucristo
quien se dio a todos, igualmente entero.

Como a flacos les dio a comer su cuerpo,
como a tristes les dio a beber su sangre,
cuando les dijo: "Recibid, amigos,
lo que os doy a beber en este cáliz".

Así dejó instituido el sacrificio
y encomendó tan sólo al sacerdote
celebrar el oficio respectivo
y distribuir el pan que él mismo come.

El angélico pan se vuelve humano
y las figuras llegan a su término.
¡Oh maravilla! El pobre y el esclavo
comen el cuerpo de su propio dueño.

Oh Deidad trina y una: te rogamos
que te dignes bajar a nuestra vida,
y que nos lleves por tus derroteros
hasta la misma claridad que habitas.

(VERBUM SUPERNUM)

162. Sin dejar la derecha de su Padre
y para consumar su obra divina,
el sumo Verbo, que ha venido al mundo,
llega al fin a la tarde de su vida.

Antes de ser (por uno de los suyos)
dado a quienes la muerte le darían,
en el vital banquete del cenáculo
se dio a los suyos como vianda viva.

Se dio a los suyos, bajo dos especies,
en su carne y su sangre sacratísimas,
a fin de alimentar en cuerpo y alma
a cuantos hombres este mundo habitan.

Se dio, naciendo, como compañero;
comiendo se entregó como comida;
muriendo se empeñó como rescate;
reinando, como premio se nos brinda.

Hostia de salvación, que abres las puertas
celestes de la gloria prometida:

fortalece y socorre a nuestras almas
asediadas por fuerzas enemigas.

Glorificada eternamente sea
la perpetua Deidad, que es una y trina,
y que ella finalmente nos conceda
en la patria sin fin vida infinita.

(LAUDA, SION)

163. Alaba, alma mía, a tu Salvador;
alaba a tu guía y pastor
con himnos y cánticos.

Pregona su gloria cuanto puedas,
porque él está sobre toda alabanza,
y jamás podrás alabarle lo bastante.

El tema especial de nuestros loores
es hoy el pan vivo
y que da vida.

El cual se dio en la mesa de la sagrada cena
al grupo de los doce apóstoles
sin género de duda.

Sea, pues, llena, sea sonora,
sea alegre, sea pura
la alabanza de nuestra alma.

Pues celebramos el solemne día
en que fue instituido
este divino banquete.

En esta mesa del nuevo rey,
la pascua nueva de la nueva ley
pone fin a la pascua antigua.

Lo viejo cede ante lo nuevo,
la sombra ante la realidad,
y la luz ahuyenta la noche.

Lo que Jesucristo hizo en la cena,
mandó que se haga
en memoria suya.

Instruidos con sus santos mandatos,
consagramos el pan y el vino,
en sacrificio de salvación.

Es dogna que se da a los cristianos,
que el pan se convierte en carne,
y el vino en sangre.

Lo que no comprendes y no ves,
una fe viva lo atestigua,
fuera de todo el orden de la naturaleza.

Bajo diversas especies,
que son accidentes y no sustancia,
están ocultos los dones más preciados.

Su carne es alimento y su sangre bebida;
mas Cristo está todo entero
bajo cada especie.

Quien lo recibe no lo rompe,
no lo quebranta ni lo desmembra;
recíbese todo entero.

Recíbelo uno, recíbenlo mil;
y aquél lo toma tanto como éstos,
pues no se consume al ser tomado.

Recíbenlo buenos y malos;
mas con suerte desigual
de vida o de muerte.

Es muerte para los malos,
y vida para los buenos;
mira cómo un mismo alimento
produce efectos tan diversos.

Cuando se divida el Sacramento,
no vaciles, sino recuerda
que Jesucristo tan entero
está en cada parte como antes en el todo.

No se parte la sustancia,
se rompe sólo la señal;
ni el ser ni el tamaño
se reducen de Cristo presente.

He aquí el pan de los ángeles,
hecho viático nuestro;
verdadero pan de los hijos,
no lo echemos a los perros.

Figuras lo representaron:
Isaac fue sacrificado;
el cordero pascual, inmolado;
el maná nutrió a nuestros padres.

Buen pastor, pan verdadero,
¡oh Jesús!, ten piedad.
Apaciéntanos y protégenos;
haz que veamos los bienes
en la tierra de los vivientes.

Tú, que todo lo sabes y puedes,
que nos apacientas aquí siendo aún mortales,
haznos allí tus comensales,
coherederos y compañeros
de los santos ciudadanos.

(ADORO TE DEVOTE)

164. Te adoro devotamente, oculta Deidad, que bajo estas sagradas Especies te ocultas verdaderamente. A ti mi corazón se somete totalmente, pues al contemplarte, se siente desfallecer por completo.
La vista, el tacto, el gusto, son aquí falaces; sólo con el oído se llega a tener fe segura. Creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios, nada más verdadero que esta palabra de la Verdad.
En la cruz se ocultaba sólo la Divinidad, mas aquí se oculta hasta la humanidad. Pero yo, creyendo y confesando entrambas cosas, pido lo que pidió el ladrón arrepentido.
Tus llagas no las veo, como las vio Tomás; pero te confieso por Dios mío. Haz que crea yo en ti más y más, que espere en ti y te ame.
Oh recordatorio de la muerte del Señor; pan vivo, que das vida al hombre, da a mi alma que de ti viva y disfrute siempre de tu dulce sabor.
Piadoso pelícano, Jesús Señor límpiame a mí, inmundo, con tu sangre; una de cuyas gotas puede limpiar al mundo entero de todo pecado.
Oh Jesús, a quien ahora veo velado, te pido que se cumpla lo que yo tanto anhelo: que viéndote finalmente cara a cara, sea yo dichoso con la vista de tu gloria. Amén.

(UBI CARITAS)

165. Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.
V/. Nos congregó y unió el amor de Cristo.
V/. Regocijémonos y alegrémonos en él.
V/. Temamos y amemos al Dios vivo.
V/. Y amémonos con corazón sincero.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.
V/. Pues estamos en un cuerpo congregados.
V/. Cuidemos que no se divida nuestro afecto.
V/. Cesen las contiendas malignas, cesen los litigios.
V/. Y en medio de nosotros esté Cristo Dios.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.
V/. Veamos juntamente con los santos
V/. tu glorioso rostro, ¡oh Cristo Dios!

V/. Éste será gozo inmenso y puro.
V/. Por los siglos de los siglos infinitos. Amén.

OTROS CANTOS

Pueden emplearse “ad libitum” otros cantos de la Liturgia de las Horas que celebran el misterio pascual de Cristo, como, por ejemplo:

I

166. Nuestra Pascua inmolada, aleluya,
es Cristo el Señor aleluya, aleluya.

Pascua sagrada, ¡oh fiesta de la luz!,
despierta, tú que duermes,
y el Señor te alumbrará.

Pascua sagrada, ¡oh fiesta universal!,
el mundo renovado
canta un himno a su Señor.

Pascua sagrada, ¡victoria de la cruz!
La muerte, derrotada,
ha perdido su aguijón.

Pascua sagrada, ¡oh noche bautismal!
Del seno de las aguas
renacemos al Señor.

Pascua sagrada, ¡eterna novedad!
Dejad al hombre viejo,
revestíos del Señor.

Pascua sagrada. La sala del festín
se llena de invitados
que celebran al Señor.

Pascua sagrada. ¡Cantemos al Señor!
Vivamos la alegría
dada a luz en el dolor.

II

167. Quédate con nosotros,
la tarde está cayendo.

¿Cómo te encontraremos
al declinar el día,
si tu camino no es nuestro camino?

Detente con nosotros;
la mesa está servida,
caliente el pan y envejecido el vino.

¿Cómo sabremos que eres
un hombre entre los hombres,
si no compartes nuestra mesa humilde?

Repártenos tu cuerpo,
y el gozo irá alejando
la oscuridad que pesa sobre el hombre.

III

168. Oveja perdida, ven
sobre mis hombros, que hoy
no sólo tu pastor soy,
sino tu pasto también.

Por descubrirte mejor
cuando balabas perdida,
dejé en un árbol la vida
donde me subió el amor;
si prenda quieres mayor,
mis obras hoy te la den.

Oveja perdida, ven
sobre mis hombros, que hoy
no sólo tu pastor soy,
sino tu pasto también.

Pasto, al fin, hoy tuyo hecho,
¿cuál dará mayor asombro,

o el traerte yo en el hombro
o el traerme tú en el pecho?
Prendas son de amor estrecho
que aun los más ciegos las ven.

Oveja perdida, ven
sobre mis hombros, que hoy
no sólo tu pastor soy,
sino tu pasto también.

3. ANTÍFONAS

169. ¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida,
se celebra el memorial de su pasión,
el alma se llena de gracia
y se nos da la prenda de la gloria futura!

170. ¡Qué bueno es, Señor, tu espíritu!
Para demostrar a tus hijos tu ternura,
les has dado un pan delicioso bajado del cielo,
que colma de bienes a los hambrientos,
y deja vacíos a los ricos hastiados.

171. Salve, Cuerpo verdadero, nacido de María Virgen,
verdaderamente atormentado,
inmolado en la cruz por el hombre,
de cuyo costado traspasado manó agua y sangre.
Seas saboreado por nosotros en el trance de la muerte,
oh Jesús dulce, oh Jesús piadoso, oh Jesús hijo de María.

172. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo;
el que coma de este pan vivirá para siempre;
y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

4. RESPONSORIOS

173. Durante la cena, Jesús cogió pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a los discípulos diciendo: *"Tomad, comed: esto es mi cuerpo".
V/. Los hombres de mi campamento dijeron: "¡Ojalá nos dejen saciarnos de su carne!" *"Tomad, comed: esto es mi cuerpo."

174. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: *Éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.
V/. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre: *Éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

175. Reconoced en el pan lo que estuvo colgado en la cruz; en el cáliz, lo que manó del costado. Tomad, pues, y comed el Cuerpo de Cristo; tomad y bebed la Sangre de Cristo. *Ya estáis hechos, vosotros, miembros de Cristo.
V/. Para que no viváis separados,.comed al que es vínculo de vuestra unión; para que no os estiméis en poco, bebed vuestro precio. *Ya estáis hechos, vosotros, miembros de Cristo.

176. El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo. *Todos participamos del mismo pan y del mismo cáliz.
V/. Tu bondad, oh Dios, lo preparó para los pobres, a los que haces habitar unánimes en tu casa. *Todos participamos del mismo pan y del mismo cáIiz.

177. Un hombre daba un gran banquete, y a la hora del banquete mandó a un criado a avisar a los convidados: Venid, *Que ya está preparado.
V/. Venid a comer de mi pan y a beber el vino que he mezclado. *Que ya está preparado.

178. El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre. *Y el que me come vivirá por mí.
V/. El Señor lo alimentó con pan de vida y de sensatez. *Y el que me come vivirá por mí.

5. ORACIONES DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

179. Señor, que por el misterio pascual de tu Hijo realizaste la redención de los hombres, concédenos avanzar por el camino de la salvación a quienes, celebrando los sacramentos, proclamamos con fe la muerte y resurrección de Cristo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

180. Derrama, Señor, sobre nosotros tu espíritu de caridad para que, alimentados con el mismo pan del cielo, permanezcamos unidos en el mismo amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

181. Te rogamos, Señor, que nos santifique nuestra participación en esta Eucaristía, para que, en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, se estreche cada vez más la fraternidad universal de todos los hombres. Por Jesucristo, nuestro Señor.

182. Alimentados con esta Eucaristía, te pedimos, Señor, que, por la comunión de tu Sacramento, nos des sabiduría para sopesar los bienes de la tierra amando intensamente los del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

183. Te damos gracias, Señor, porque al darnos en este sacramento el Cuerpo glorioso de tu Hijo nos haces partícipes, ya en este mundo, de los bienes eternos de tu reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

184. Te suplicamos, Dios todopoderoso, que concedas a quienes alimentas con tus sacramentos la gracia de poder servirte llevando una vida según tu voluntad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

185. Oh Dios, que has querido hacernos partícipes de un mismo pan y de un mismo cáliz, concédenos vivir tan unidos en Cristo que fructifiquemos con gozo para la salvación del mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

186. Saciados con el pan del cielo, te pedimos, Señor, que el amor con que nos alimentas fortalezca nuestros corazones y nos mueva a servirte en nuestros hermanos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

187. Alimentados con esta Eucaristía, te hacemos presente, Señor, nuestra acción de gracias, implorando de tu misericordia que el Espíritu Santo mantenga siempre vivo el amor a la verdad en quienes han recibido la fuerza de lo alto. Por Jesucristo, nuestro Señor.

188. Después de comer el mismo pan, te rogamos, Señor, humildemente, que nos mantengas en tu amor y siempre caminemos como hombres nuevos en una vida nueva. Por Jesucristo, nuestro Señor.

En el tiempo pascual:

189. Derrama, Señor, sobre nosotros tu espíritu de caridad, para que vivamos siempre unidos en tu amor los que hemos participado en un mismo sacramento pascual. Por Jesucristo, nuestro Señor.

190. Te pedimos, Señor, que la participación en los sacramentos de tu Hijo nos libre de nuestros antiguos pecados y nos transforme en hombres nuevos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

191. Dios todopoderoso y eterno, que en la resurrección de Jesucristo nos has hecho renacer a la vida eterna, haz que los sacramentos pascuales den en nosotros fruto abundante, y que el alimento de salvación que acabamos de recibir fortalezca nuestras vidas. Por Jesucristo, nuestro Señor.

192. Otra oración del Viático:

Señor, tú que eres la salvación eterna de los que creen en ti, concede a tu hijo N. que, fortalecido con el pan y el vino del Viático, llegue seguro a tu reino de luz y de vida. Por Jesucristo, nuestro Señor.

6. ORACIONES PARA LA BENDICIÓN CON EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

193. Concédenos, Señor y Dios nuestro, a los que creemos y proclamamos que Jesucristo, el mismo que por nosotros nació de la Virgen María y murió en la cruz, está presente en el Sacramento, bebamos de esta divina fuente el don de la salvación eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

194. Concédenos, te rogamos, Señor y Dios nuestro, celebrar con dignas alabanzas al Cordero que fue inmolado por nosotros y que está oculto en el Sacramento, para que merezcamos verle patente en la gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

195. Oh Dios, que nos diste el verdadero pan del cielo, concédenos, te rogamos, que, con la fuerza de este alimento espiritual, siempre vivamos en ti y resucitemos gloriosos en el último día. Por Jesucristo, nuestro Señor.

196. Ilumina, Señor, con la luz de la fe nuestros corazones y abrásalos con el fuego de la caridad, para que adoremos confiadamente en espíritu y en verdad a quien reconocemos en este Sacramento como nuestro Dios y señor. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

197. Que los sacramentos con los que te has dignado restaurarnos, Señor, llenen de la dulzura de tu amor nuestros corazones y nos impulsen a desear las riquezas inefables de tu reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

198. Oh Dios, que redimiste a todos los hombres con el misterio pascual de Cristo, conserva en nosotros la obra de tu misericordia, para que, venerando constantemente el misterio de nuestra salvación, merezcamos conseguir su fruto. Por Jesucristo, nuestro Señor.